



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13727

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 28 DE AGOSTO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

EL CONTAGIO POR LOS LIBROS

Así que se anuncia la aparición de una de las grandes enfermedades epidémicas, la peste, el cólera, en los países de Extremo Oriente ó en América, se procede en todos los puertos y estaciones fronterizas, á una desinfección cuidadosa, más aparente que real, de todos los objetos de correspondencia. Cartas, diarios, impresos de todas clases sufren una desinfección concienzuda por los medios que aconseja la ciencia. La peste, el cólera son epidemias terribles, pero las enfermedades conocidas con los nombres de viruela, tuberculosis, difteria, etcétera, no son menos graves ni menos mortíferas, y respecto de éstas no se toman las medidas coercitivas ó defensivas para reducir al minimum los peligros del contagio.

Se ha demostrado con ejemplos irrefutables, que los libros pueden ser agentes de propagación de enfermedades contagiosas. Los experimentos del médico principal Du Coudré son precisos respecto de las placas microbianas que se encuentran en los libros usados por enfermos y convalecientes. Los ejemplos abundan. Según los reglamentos franceses en vigor en las escuelas primarias, los libros de texto propiedad de los Ayuntamientos circulan entre los alumnos de un año á otro, hasta que se hallan completamente deteriorados. Este peligro no corre los alumnos de las escuelas españolas, propietarios de sus libros y que se los llevan á casa diariamente.

Esta cuestión del contagio por los libros tiene un carácter más general que el relativo á los libros de las escuelas. En las bibliotecas se prestan libros á cualquiera, sin tener en cuenta al peticionario está convaleciente de una enfermedad contagiosa ó es tuberculoso. La propagación de esas enfermedades puede hacerse por las hojas de un libro sin contar con la desagradable y repugnante costumbre de llevar un libro mojándose con saliva el pulgar ó el índice. ¿Pruebas de contagio? son numerosas. Cuéntase que un convaleciente de escarlatina, en el período de descamación, escribió una carta á un su amigo, separado del remitente centenares de kilómetros. El destinatario leyó la carta, la tocó, la guardó en el bolsillo, y á los pocos días se encontraba enfermo de escarlatina. En Kharkov, un tuberculoso que tenía la mala costumbre de volver las hojas del libro mojándose los dedos con saliva infectó á muchos de sus camaradas, y en el Estado de Michigan se registró un hecho análogo.

Las investigaciones debidas á Krausz, hechas á petición de los libreros húngaros, han dado los resultados siguientes: respecto de la duración de la virulencia de los gérmenes depositados sobre las hojas de papel, similitud al papel empleado para imprimir libros.

Virulencia cólica. 48 horas
Difteria. 25 días
Estafilococo. 31
Bacilo tífico. 40
Bacilo tuberculoso. 130
Con estos datos se ve que de los microbios, el menos temible es el vibrión del cólera, inofensivo á los dos ó tres días, mientras que el de la tuberculosis se conserva virulento hasta después de cuatro meses. ¿Qué medios pueden emplearse para prevenirse contra el peligro? Asegurar la desinfección de los libros es muy justo, pero no es tan sencillo como se cree. No puede someterse un libro, como un vestido al vapor de agua resquebrajado, ni tampoco lavarlo. El medio más radical y el mejor es la

destrucción del libro que se considere infectado, pero además del gasto que semejante medida importaría, no puede aplicarse á los libros de las bibliotecas, algunos muy raros y la mayoría costosos, si no difíciles de adquirir. El doctor Miguel aconseja sean sometidos los libros sospechosos á los vapores de aldehído fórmico, cuidando que la desinfección alcance á todas las hojas.

Convengamos, finalmente, en que es difícil desinfectar los libros y que interin no se invente un procedimiento á propósito, tendremos forzosamente que aspirar ó tragar los microbios contenidos en los libros.

Lecturas para la mujer

Reclamos matrimoniales

Desde que tuvo lugar la guerra con el Japón, todo lo que ocurre en aquella tierra es objeto de curiosidad, y á título de tal, voy á referir lo que no hace mucho publicaba un periódico de Tokio, referente á la forma de buscar marido algunas japonesitas.

No sé si por allá será conocida la palabra «modernismo»; pero, si no en teoría, lo que es en la práctica sí que están familiarizados con ella.

Según el diario de Tokio, entre las mujeres del país de los crisantemos y del Sol Naciente, de las «mumé» y de los «geise» se han dejado á un lado, como cosas inútiles, los fingimientos y la modestia, y se han relegado al olvido, como pesado bagaje, las preocupaciones y rutinas.

Los súbditos del Mikado llaman á sus mujeres «estrellas de la tierra». Pues bien; cuando uno de esos astros refulgentes se encuentra bella y graciosa y se cree feliz poseedor de encantos y prendas personales capaces de subyugar y enamorar á los hombres, no adopta términos medios ni figuras retóricas para describir sus méritos; los pregona, sin duda por aquello de que «la mujer debe hacerse valer».

Y el que quiera convencerse de esta afirmación saboree el siguiente anuncio, que vió la luz en el periódico que antes menciono:

«Soy una graciosa señorita. Mis largos cabellos me envuelven como una nube; el cuerpo es semejante al cáliz de una flor; los ojos centellean como la espada de nuestros guerreros. Soy lo bastante rica para poder pasar sin quebraderos de cabeza la vida al lado de mi esposo. Si encuentro un buen marido que no me pegue, hállome dispuesta á pasar con él, toda mi vida y cuando menos, á hacerme enterrar con él, en un sacrílego de mármol negro».

Es de suponer que además de este anuncio, la japonesa tendrá á bien publicar los comprobantes en apoyo de sus afirmaciones; por ejemplo, el retrato y la relación de sus bienes, á fin de que se convengan los descendientes de los bravos daimios de que es verdad tanta belleza y que puede aspirar justamente á que se la ame, y no se la golpee.

Por cierto que esa salvadad del anuncio de la gentil niña dá un poco que pensar, y hasta hace surgir en el ánimo cierta duda con relación á la galantería de los japoneses, para con las niñas de «cuerpos como calices de flores y ojos centelleantes como espadas de guerreros».

A lo que parece, los varones de allá, están á la altura de cualquiera de nuestros ilustres golfos.

Y eso que los preceptos de los sabios japoneses, recomiendan, que no pegue á la mujer ni con el tallo de una flor.

Si se ha de dar crédito á la graciosa

señorita que busca marido, es de suponer que no utilicen los esposos, el tallo de una flor, pero sí, por ejemplo, el palo de una escoba.

Y luego se censurarán los anuncios españoles de las agencias de matrimonios! En ellos siquiera la realización de las señoras y señoritas dispuestas y disponibles á la dulce coyunda, es hecha por el Director de la Agencia, razón por la cual no parece tan mal que diga si son graciosas, bellas, simpáticas ó pasables.

Y la verdad es que si continúa disminuyendo el número de hombres dispuestos á declarar la sabrosa libertad en aras del matrimonio, vá á llegar el caso de que también en España se anuncien las niñas casaderas, como en Tokio, con la reseña minuciosa de todos sus atractivos.

M. de A. O.

DE ACTUALIDAD

CUERNOS Y CAIRELES

El arte taurino se desgrana.

El ejército de coletas sufre considerables bajas.

La fiesta nacional tiende á desaparecer.

El templo taurino amenaza derrumbarse.

Nuestro tenebrosos espectáculo sufre tremendas sacudidas.

Las chaquetillas con pompas de betón en polvo, y plata oxidada, están llamadas á lucir sus destellos en los escaparates de las casas de empeño, denominadas hoy de compra-venta.

Los ganaderos piensan, en vista del pánico que reina, cascar sus reses para que éstas crien cuernos de goma.

Las mantillas blancas van á dejar de lucir sus pliegues en los arcos taurinos, orlando los hermosísimos semblantes de las nativas españolas.

El hule se va á resecar, y la manzanilla de á seis reales la botella con tapón, va á sufrir gran descenso, y sólo va á servir para el riego de las maceas de alhábega.

Las esferas van á sentir el baile de San Vito, y todos, todos nos vamos á quedar como pelotas sin tabaco.

No hace muchos días, que la prensa de gran circulación anunciaba la próxima retirada de Antonio Fuentes, uno de los pedestales en que hoy descansa el arte taurino, y después, veloz co-

mo el rayo, ha cundido la noticia de que el diestro Algabeño, tanto se ha impresionado con la cogida y muerte del infortunado Posadas, que la coleta se le ha hecho una etcétera y piensa cortársela y hacerse con ella un colgante para el reloj.

Otros diestros de menos categoría que los indicados anteriormente, andan también algo cabizbajos recordando el hule, y piensan retirarse del toreo y meterse á empapeladores, ó comisionistas de elixires para la dentadura ó antidotos para las moscas.

Si esto sucede, ¿qué va á pasar aquí?

Por un lado tal vez el licenciamiento de algunos maletas, será de gran utilidad para la tauromaquia, porque así, no sufriremos, al asistir á las corridas, esas emociones que experimentamos al ver á los apicidas ante los cornúpetos, y por otro lado, si la deserción de los diestros de primera magnitud prosigue, la fiesta nacional va á resultar un mito.

Esperemos á ver si el pánico desaparece y quedan las cosas taurinas en su justo medio.

Que así sea!

EL MERO.

Los Marineros Portugueses

Señorito en Capitanía

En el hermoso comedor de gala de Palacio de la Capitanía General del departamento, obsequió anoche el ilustre Marqués de Pílares, con un espléndido banquete al comandante y al segundo del crucero portugués «Sao Raphael».

Sentáronse además á la mesa: el Cónsul de la referida nación, don Estanislao Rolandi; el jefe de Estado Mayor del departamento, don Rodolfo Matz; el comandante de Marina, don Leopoldo Hácár y los ayudantes de S. E., comandante de Infantería de Marina don Camilo González y alférez de navío don Julio de Ochoa.

A la hora del champagne, alzó su copa el Excelentísimo Sr. Capitán General, brindando en correcto francés por los soberanos, don Carlos y doña Amelia de Portugal, por la prosperidad de la nación vacina y la fraternidad de las dos marinas hermanas.

El comandante del buque, don Policarpo Acevedo, brindó luego tam-

bién en francés, por los reyes de España, y agradeció en sentidas palabras los agasajos y atenciones recibidas en Cartagena, de la que dijo se llevaban un imperecedero y grato recuerdo.

Fiesta á bordo

Invitados galantemente por la oficialidad y aspirantes, trasladáronse anoche á bordo del «Sao Raphael» numerosas y distinguidas familias de nuestra buena sociedad, de las que concurren asiduamente á los Pabellones del Círculo Militar y del Casino.

El combés y la toldilla del crucero, habíanse adornado con mucho y artístico gusto, apareciendo allí formando bonitas combinaciones, multitud de banderas y trofeos marítimos. Alumbraaban maravillosamente aquel improvisado salón centenares de bombillas eléctricas, hábilmente colocadas.

Los cañones destacaban sus amenazadoras moles entre aquella soberbia decoración y las lindas señoritas cartageneras, con los esplendores de sus privilegiadas bellezas, daban á aquel cuadro, una nota de alegría, que hacía olvidarnos de que estábamos á bordo de un buque extranjero, para creer que en una sucursal del Paraíso.

Y buena prueba de lo que decimos, serán los nombres portugueses, que demuestran cuanta razón tenemos, al asegurar que aquello tenía un toque más divino que de humano, al contemplar rostros tan soberanamente bellos como los de Lola Pomares, Matilde Villar, Magdalena y Gloria Moncada, Mercedes Arizaga, Rosario Vazquez, Conchita Sánchez, Angélica López, Higuera—una preciosa murciana que ha venido á Cartagena para formarse nuestro—, María Deltell, Antonia, Matilde y Conchita Martínez, Teresita Revenga, Guadalupe Díaz Capilla, Amalia Virto, Encarna Villena, Carmen García del Real, Angeles Linares y señoritas de Rolandi.

El notable sexteto del café de España, dirigido por el maestro Oliver, ejecutó valse y rigodones, que fueron bailados sin tregua ni descanso por el elemento joven.

Concurrió á la hermosa fiesta que nos damos, el Excmo. Sr. Capitán General del Departamento, Marqués de Pílares, que vestía de uniforme y el cual fué recibido á los acordes de la marcha real. En representación del

LA VIDA MILITAR EN PRUSIA 148

ayudante me cogió de las manos el sombrero y el sable. Feind fué bastante moévolo para exaltar más al Viejo, diciéndole que siempre estábamos sometiendo iguales faltas y que los voluntarios tenían el orden en toda la batería.

«Pero esta noche no debéis estaros, al buen Feind. El coronel le lanzó una mirada oscura y le dijo:—Herr capitán Feind, de la batería 4, caballo número 21, de plaza de á seis, es verdaderamente extraordinario de nuestra batería, tenga el privilegio de poseer semejante holgasano; ¡preciso es que esteis dotado de maravillosa fuerza de atracción!»

De tal manera me irritó la sensación del capitán, que á mí me arrojé la casa por la ventana. «¿Qué estabas haciendo?», me preguntó el capitán. «Yo estaba pensando en la vida de un soldado infante de día de prisión».

«Habíamos que debía hablar á nuestro Viejo: cuando hacia él con paso firme, mirándole á los ojos, y le dije por qué me había atrevido á hacer igual mal, no de su sombrero».

Durante mi relato, lancé más de no millar de rayos y de un millón de percos, pero no me impresionó ni me dejó ambar. No había pronunciado el nombre del oficial y el Viejo insistía en ponerlo. En sus ojos había relampagos, para el oficial que se había atrevido á abandonar su batería. En-

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 145

dades entraban por algo en la preferencia que concedía al Viejo á su establecimiento.

Si no escapamos inmediatamente, qué porque sabíamos que también faltaba el capitán, pues tampoco debía abandonar su batería. Sentóse en la piosa impudicia, se quitó la gorra y dijo á la cantinera con melifloso acento que cerrase la puerta.

—Me haría favor en ello—añadió—el coronel tendrá que entrar por la de la espalda y entre tanto, podrá escapar yo.

Dando gracias al jefe de nuestra batería porque dejaba expuesta nuestra habitación al primer asalto del coronel cogimos la gorra para escapar, cuando un compañero que había pegado los ojos á una bandirilla del tabique de tablas, nos llamó para que mirásemos también. El capitán Feind, estaba en toda regla á la cantinera Cogida, la barba sin ceremonias y la tuteaba.

—Gracias cantinera—le decía,—¿dónde queréis que sustituya el nombre de Margarita por el de Gretchen (1) más familiar y más en situación?

Mucho nos costaba no dar rienda suelta á nuestra hilaridad. De pronto se me ocurrió un pensamiento diabólico. Sabía que el Viejo ó Feind en olor de santidad, y que por cada del

(1) Gretchen, diminutivo de Gretchen (Margarita).